

“LIBERALISMOS” Y AQUEL QUE HOY LA LLEVA (*)

Agustín Squella (**)

Lo primero que debo celebrar esta tarde, además de encontrarme nuevamente en esta sala y de la compañía de quienes se encuentran en esta mesa y en el público, es el uso del plural. “Liberalismos”, no “liberalismo”, así, en plural. Y ello no solo porque a todos nos guste lo plural, lo múltiple, lo diverso, lo que se presenta en más de un aspecto, incluidas las personas que se resisten a ser de una sola pieza, sino porque aquella palabra en plural –“liberalismos” -se ajusta bien a la realidad de lo que pasa con esta doctrina.

¿Han reparado ustedes en aquellos árboles que tienen por base no un tronco, sino varios? ¿Han visto como desde la superficie desde donde emergen esos árboles desarrollan no uno, sino, dos, tres, cuatro troncos, todos los cuales provienen de una misma raíz? El fenómeno que describo es muy habitual en el eucaliptus. Hace algunos días, mientras tomaba café bajo los árboles centenarios de la Quinta Rioja en Viña del Mar, reparé en un viejo Maqui que tiene nada menos que 8 troncos. Lo que pasa es que de una misma raíz, bajo tierra, pueden arrancar distintos brotes basales –sierpes les llaman- y, si no se eliminan, cada uno de ellos dará lugar a un tronco. Pues bien, eso es lo que pasa con el liberalismo: de una misma raíz, de un mismo conjunto de ideas o planteamientos tanto políticos como económicos y éticos, han crecido varios troncos, o sea, distintos liberalismos, todos liberales, por cierto, puesto que de otro modo no se llamarían de ese modo, pero con diferencias importantes entre sí. Lo que complica las cosas es que cada uno de los “liberalismos” pretenda presentarse como el “verdadero” liberalismo.

Esa imagen, una raíz de la que brotan y se levantan varios troncos, me parece mejor para el liberalismo que decir que este es un tronco con varias ramas, y eso porque entre los liberalismos hay algunos muy potentes, muy gruesos, muy exitosos -en particular el neoliberalismo-, de manera que prefiero verlos de ese modo: como troncos de una misma raíz y no como simples ramas de un único tronco.

Doy por hecho que a Ernesto Rodríguez le debe estar pareciendo raro que yo hable del liberalismo como doctrina. Él prefiere hablar de “liberal” para aludir no a una doctrina,

no a un determinado cuerpo de ideas políticas, morales y económicas, sino a un individuo que es abierto, generoso, magnánimo, noble, desprejuiciado, que disfruta de la compañía de sus semejantes y que practica una habitual y espontánea camaradería. Como ustedes ven, casi una descripción exacta del propio Ernesto.

Liberal se suele decir también de lo opuesto a conservador, y conservador se afirma de quienes son temerosos del cambio y prefieren vivir en la tierra firme y conocida de las tradiciones. Tanto un liberal como un conservador saben que las libertades, todas ellas, tienen algún límite que no debemos traspasar, pero mientras un liberal está interesado en correr ese límite y ampliar así el espacio de las libertades, un conservador trata de mantenerlo fijo o de acercarlo incluso ese límite, restringiendo el campo de las libertades. En este sentido, un liberal es un tipo progresista, abierto al cambio, deseoso incluso de atisbar por dónde y cuándo se producirán las transformaciones, alguien inquieto y dispuesto a influir en los acontecimientos y hasta a agitar las cosas para que ocurran de una vez. A esto parece referirse Mario Vargas Llosa cuando afirma que un liberal es siempre un agitador, o sea, alguien que nunca está del todo contento con la manera cómo están las cosas y que se muestra dispuesto a asumir riesgos para que vayan lo mejor posible. A propósito de lo cual no me resisto a citar la confesión de Ray Bradbury: si voy de frente soy liberal, pero en cuanto a mi trasero, soy conservador.

Liberal se ha dicho también de lo que se contrapone a bárbaro, a vulgar, a grosero, a servil, a plebeyo, de lo que es aristocrático, bien nacido, superior en entendimiento, educación y fortuna.

Pero no voy a utilizar aquí la palabra “liberal” en ninguno de esos tres sentidos, o sea, no la voy a emplear como un tipo de carácter, ni como una actitud frente al cambio ni como infatuación social. Positivo el primero de esos tres sentidos, o sea, cuando con la palabra “liberal” se alude a una persona abierta y generosa, ella adquiere un negativo en el segundo caso, esto es, cuando se la emplea como sinónimo de aristocrático o superior, y esto porque el liberalismo es profundamente igualitario, al menos en cuanto declarar la igual dignidad de todo ser humano y el similar derecho de todos a ser tratados con la misma consideración y respeto. Pero, claro, no nos engañemos: en ocasiones los liberales se han comportado de una manera abiertamente desigual en las relaciones con sus semejantes. En este sentido, hay toda una contra historia del liberalismo. Así, por ejemplo, los padres fundadores de los Estados Unidos

escribieron en la declaración de independencia de ese país que todos los hombres son creados iguales, pero tenían esclavos en sus haciendas, y tuvieron que pasar cien años desde esa declaración para que Lincoln pudiera hacer aprobar no sin dificultades la ley que abolió la esclavitud, sin olvidar que otros cien años después Martin Luther King cayó abatido a tiros en su lucha por los derechos civiles de la población negra. Locke, Tocqueville, Mill –todos liberales-, se expresaron con no poco desprecio por lo que consideraron pueblos bárbaros: negros africanos, chinos, indios norteamericanos, indios de la América hispana, y algunos de ellos no solo justificaron la esclavitud –John Locke- sino que tuvieron intereses en sociedades comerciales de tráfico de esclavos (Locke de nuevo). Libertad, igualdad fraternidad, reclamaron para sí los revolucionarios franceses del XVIII, mas no para la población de la colonia que su país tenía en Haití. Algunos liberales de los siglos XVIII y XVIII enarbolaron la palabra “libertad” frente al poder absoluto de los monarcas, pero, a la vez, consintieron el poder despótico de los amos sobre los esclavos y también sobre las mujeres. Parecidos a esos liberales que en el siglo XX apoyaron dictaduras militares y creyeron que para ser liberal bastaba con pronunciar la palabra “libertad” frente el comunismo y olvidarse de ella cuando un militar anticomunista asumía el poder y cancelaba las libertades por largo tiempo. Como todos, los liberales también podemos ser inconsecuentes.

Pero no perdamos el hilo de esta exposición que trata del liberalismo como doctrina, es decir, como un conjunto coherente de ideas y planteamientos que suscribe un cierto número de individuos que por eso se llaman liberales. Doctrina en ese sentido y no en el de algún conjunto de dogmas o aseveraciones fijas e indiscutibles, como sería el caso, por ejemplo, de la doctrina de una iglesia. Doctrina como ideología, en suma, sin dar a esta segunda palabra una connotación peyorativa. Liberalismo como doctrina, o como ideología, o sea, como ideas y planteamientos acerca del mejor tipo de sociedad que podríamos tener y de los medios para alcanzarla, algo que es preciso aclarar porque “ideología” se ha vuelto de pronto una mala palabra, un epíteto que lanzar a la cara de quienes no piensan como nosotros. Resulta cómico comprobar a cada instante como descalificamos las ideas de nuestros oponentes diciendo, despectivamente, que ellas son pura ideología, como si las que nosotros profesamos fueran ni más ni menos que la pura y santa verdad.

Doctrina política, económica y moral: eso me parece a mí que es el liberalismo. Doctrina política partidaria de limitar el poder del Estado a favor de los derechos de las

personas, entre los cuales se cuentan la propiedad y varios otros que se relacionan con la libertad de conciencia, de pensamiento, de expresión, de prensa, de movimiento, de reunión, de asociación y de emprendimiento de actividades económicas lícitas, aunque – y aquí empiezan ya las diferencias entre los liberales- algunos de ellos justifican la limitación del Estado en nombre de unos derechos naturales que tendrían los individuos, y que, por tanto, serían anteriores al Estado, mientras otros, desde una perspectiva utilitarista, lo hacen en nombre de la felicidad o el bienestar humano. Doctrina moral, asimismo, en cuanto el liberalismo afirma un mismo estatus de dignidad para todos los seres humanos y respeta la autonomía de cada sujeto para decidir acerca del modelo de vida buena y escoger los caminos para realizarlo, renunciando a la injerencia de cualquier tutor o autoridad que se sobreponga a la conciencia de los individuos. Y doctrina económica, en fin, que, junto con relevar la especial importancia que tendría el derecho de propiedad, promueve la libertad de emprender actividades en beneficio directo y exclusivo de quien las acomete y exige que el Estado, además de abstenerse de realizar ese tipo de actividades, se limite a la regulación y control que sean necesarias para evitar los monopolios, sancionar los fraudes y castigar el incumplimiento de los contratos.

Hay que aclarar, en todo caso, que el liberalismo no promueve el individualismo ni el egoísmo: lo que valora es la individualidad, o sea, la formación de sí mismo y el derecho, a la vez que el deber, de expresarnos cada cual a partir de nuestra propia individualidad., sin temor a las consecuencias ni al qué dirán. Y si desde el punto de vista moral el liberalismo promueve y respeta la autonomía de las personas, favorece con ello la práctica de la tolerancia. De la tolerancia pasiva, entendiendo por ella la resignación a convivir pacíficamente con quienes puedan tener creencias, ideas, preferencias y modos de vida que no son los nuestros y que reprobamos, y de la tolerancia activa, o sea, de la disposición a entrar en diálogo con quienes tengan creencias, ideas, preferencias o modos de vida que no son los nuestros, a darles razones a nuestro favor, a escuchar las razones que ellos puedan dar a su vez, y disposición, incluso, a llegar a rectificar los puntos de vista originarios como consecuencia de ese encuentro y diálogo. Pero los liberales vuelven a discrepar entre sí a propósito de lo que puede razonablemente esperarse de la práctica de la tolerancia activa: algún acuerdo final que supere la diversidad de puntos de vista o solo ese *modus vivendi* pacífico y respetuoso de que habla John Gray

El término “liberal”, al menos en el sentido político de la palabra, habría sido utilizado por primera vez por Agustín de Arguelles en el “Discurso preliminar de la Constitución de Cádiz”, promulgada el 19 de marzo de 1812, día de San José, lo cual explica el hecho de que se la hayan nombrado como “La Pepa”, femenino de Pepe, un apodo que provendría de las dos “p” de la expresión “padre putativo”, que fue la condición que José tuvo respecto de su hijo Jesús. Lo que formaría parte de la leyenda, sin embargo, es que la población de Cádiz haya marchado ese día por las calles de la ciudad saludando la nueva Constitución y gritando “¡La Pepa!”, “¡La Pepa”, algo que menciono por la eventualidad de que alguna vez podamos gritar algo parecido en las calles de Santiago y de todo el país.

Mi parecer es que de todos los troncos salidos de la raíz liberal, el que predomina hoy no es el liberalismo clásico de Adam Smith, ni el liberalismo social de John Stuart Mill, ni el liberalismo con tintes socialdemócratas de John Maynar Keynes, ni el liberalismo igualitario de Ronald Dworkin y John Rawls, ni el liberalismo como *modus vivendi*, de John Gray y su fuerte crítica al proyecto político del capitalismo global y, menos aún, el liberalsocialismo de Norberto Bobbio. Lo que predomina hoy, con gran éxito doctrinario y encarnación en muchísimos gobiernos, es el neoliberalismo, palabra esta última que empleo descriptivamente y no en el sentido negativo en que acostumbra usársela para reprobar todo aquello que nos desagrade en las sociedades de nuestros días. Neoliberalismo que pone el acento, exageradamente, en el aspecto económico de la doctrina liberal, llevándolo incluso a extremos, y que tiene su antecedente en el famoso Coloquio Lipmann realizado en París el año 1938, que se consolidó luego en Suiza, en 1947, con la fundación de la Sociedad Mont Pelerin, que ha tenido pensadores destacados y muy influyentes en sus filas, como Von Mises, Hayek, Friedman y Gary Beker, que ha creado a lo largo y ancho del mundo unidades académicas e institutos para la difusión de sus ideas, y que ha tenido también expresión en variados gobiernos, más aguda o menos agudamente, gobiernos que van desde Ronald Reagan y Margaret Thatcher a Bill Clinton y Augusto Pinochet, desde Bush padre e hijo hasta el neoliberalismo atenuado por importantes políticas sociales de nuestra Concertación de Partidos por la Democracia. Antes incluso que el Coloquio Lipmann de 1938, un economista liberal clásico, Frederic Bastiat, tuvo planteamientos bien distintos de los de Adam Smith y sostuvo que el Estado debe intervenir en la vida social solo para garantizar la seguridad de las personas, la libertad y la propiedad

privada, y que cualquier asignación o redistribución estatal de recursos, incluidas aquellas en favor de los pobres o de la instrucción pública, constituía un acto de “pillaje legal”. Algo parecido escuchamos aquí de parte de algunos de los opositores a la reforma tributaria del gobierno anterior. Entonces, no hay tampoco “neoliberalismo”, sino “neoliberalismos”, unos más fuertes o radicales, otros más suaves o atenuados, aunque lo raro es que algunos de los liberales de nuestro tiempo nieguen la existencia del neoliberalismo, como Mario Vargas Llosa, por ejemplo, quien en reciente entrevista declaró no saber que era el neoliberalismo más allá de ser una palabra con la que se pretende descalificar las ideas liberales en general. Puede estarse a favor o en contra del neoliberalismo, pero no puede negarse que exista.

El sentido común dominante en nuestros días es el de un capitalismo neoliberal, con variados colores locales, o sea, el de un sistema económico —el capitalismo— reforzado por una doctrina que no es solo económica —el neoliberalismo—, esa que reduce al ser humano a su dimensión económica, la sociedad al mercado, la educación a capital cultural, las relaciones y amistades a capital social, y las direcciones de personal de las empresas a departamentos de recursos humanos. Todo es capital, todos son recursos, incluidas las personas y ni qué decir la naturaleza, y podríamos continuar identificando varios postulados del neoliberalismo que lo diferencian de otros liberalismos; por ejemplo, su negativa a considerar los derechos sociales como derechos fundamentales; su concepción de la existencia humana como una carrera en la que solo cabe igualdad en el punto de partida sin importar lo que pase en el curso de la prueba, reduciendo el resultado de esta a experiencias individuales de éxito o de fracaso; su fijación con el crecimiento y su indiferencia acerca de si este es sustentable o si sus beneficios se concentran en los cuatro cinco barrios más acomodados de las cinco o seis comunas más ricas del país; su acusación de populismo ante cualquier defensa de los sindicatos, la negociación colectiva y el derecho a huelga efectiva; y el principio del rey Midas aplicado sin reservas a la iniciativa privada, que todo lo transforma en oro, y ese mismo principio, pero a la inversa, tratándose de los gobiernos que todo lo que tocan lo transforman en basura, un dogma tan candoroso y extremo como aquel que le opuso el colectivismo marxista al renegar de la iniciativa privada y exaltar hasta el totalitarismo la presencia y actividad del Estado. En cuanto a la negación de los derechos sociales, que están inspirados en la doctrina socialista y en el socialcristianismo, la actitud del neoliberalismo se parece mucho a la que Marx tuvo frente a los derechos civiles o

personales, inspirados a su vez en la doctrina liberal, a los que consideró, despectivamente, prerrogativas de la burguesía que habían sido transformadas en leyes. O sea, si los derechos fundamentales se basan en la doctrina que yo profeso, entonces sí son derechos de esa clase, pero si se basan en la doctrina que no comparto, entonces se trata de un fraude o ficción urdida por quienes se oponen a mis ideas.

Todavía más: el neoliberalismo pasa de una conveniente privatización de la economía a una inconveniente privatización del Estado y de esta a la criminalización del Estado cuando no se ha privatizado lo suficiente. Ha sido formulada ya muchas veces, pero no por ello se trata de una pregunta ociosa o impertinente: ¿es que de una economía de mercado debemos pasar a una sociedad de mercado y de esta a una empobrecedora vida de mercado?

No oculto mis discrepancias con el neoliberalismo y pienso que él, lo mismo que los así llamados socialismos reales respecto del socialismo, le ha hecho un flaco favor al liberalismo. Si uno se declara liberal, sobre todo ante una audiencia de jóvenes, tiene que explicar que no por ello es neoliberal, y si uno se declara socialista, sobre todo en ambientes de gente mayor y algo conservadora, tiene que explicar que no es partidario de las dictaduras comunistas que esconde la expresión “socialismos reales”.

Mi punto, hablando ahora normativamente, es que ya es hora de plantar cara al neoliberalismo, y plantársela, si se quiere, desde la socialdemocracia, desde el socialismo democrático, desde el socialcristianismo, desde lo que quede de todo eso, pero también desde el propio liberalismo, desde los otros troncos liberales que observan con preocupación como el tronco neoliberal se ha engrosado, crecido y expandido, mientras sus troncos hermanos parecen cada vez más debilitados por falta de nutrientes.

Engrosado, crecido y expandido el tronco neoliberal hasta el punto de que los que se identifican con algunos de los otros troncos pueden desarrollar una suerte de complejo, como si el liberalismo que la lleva, o sea, el neoliberalismo, los hiciera sentirse en desventaja o fuera incluso de las ideas liberales. Por supuesto que ese es también el propósito de la mayoría de los neoliberales: hacer sentir a otros liberales que no tienen derecho a utilizar esta palabra, puesto que se hallaría probado que el neoliberalismo, con ese u otro nombre, sería el “verdadero” liberalismo.

Prácticamente desaparecidos los socialismos reales, con el socialismo democrático diluido en un vago progresismo, con una socialdemocracia también licuada o ya derechamente rendida ante las políticas neoliberales, la discusión del liberalismo no es hoy tanto con esas doctrinas como al interior de sí mismo. Este mismo encuentro que estamos teniendo hoy es prueba de ello, y lo fue también el espontáneo y rico intercambio de pareceres que desde el mes de febrero hemos tenido incluso en la prensa nacional.

El liberalismo local se está mirando al espejo y está descubriendo sus muchas caras, algunas más nítidas y otras algo borrosas por el vapor que hay en la sala de baño como producto del calor de las discusiones. Pero estas discusiones deberían encararse con un ánimo más abierto que el de ver quién se queda al fin con la palabra “liberalismo”.

Si el liberalismo pudiera ser comparado con un pueblo, se trataría de un pueblo habitado por varias tribus, de manera que, junto con mirarse en el espejo, cada uno de los integrantes de esos diversos grupos, además de reforzar el diálogo con quienes pertenezcan a otros grupos liberales, deberíamos preguntarnos si no habremos sido formados en la tribu y en el lenguaje liberal equivocados y si para los tiempos que corren no resultaría más apropiado cambiarse de tribu o promover algún tipo de mestizaje entre todas o algunas de ellas. Un mestizaje que baje las ínfulas y lime las uñas del neoliberalismo de nuestros días que, de la mano del capitalismo, se ha mostrado irresponsable tanto desde un punto de vista social como medioambiental. De la mano del capitalismo -acabo de decir-, cuando no reducido a capitalismo, o sea, disminuido a un sistema puramente económico que, llevado al extremo, llega a sostener que la libertad económica es la base o condición de todas las demás libertades.

En fin: un buen punto de partida para la conversación entre los liberales podría ser la distinción que hiciera Ronald Dworkin entre planteamientos constitutivos del liberalismo y planteamientos derivativos, entendiendo por los primeros aquellos que valen por su propio peso y que todos quienes son liberales tendrían que compartir, y por los segundos aquellos que solo valen en cuanto permiten realizar en mejor forma los planteamientos constitutivos. Los planteamientos constitutivos serían inevitablemente abstractos y generales, mientras que los segundos tendrían un carácter más práctico y concreto y contingente. Los distintos liberalismos coincidirían en los primeros y podrían disentir en los segundos.

Pero un planteamiento como ese es quizás demasiado optimista: primero, porque presupone que en la doctrina liberal hay planteamientos de esos dos tipos y que los primeros, los constitutivos, son realmente tales, o sea, que forman parte del núcleo fundamental del liberalismo y que no responden a meros accidentes de la historia, intereses de grupos o a una retórica política dominante; optimista, asimismo, porque exige que los liberales, además de aceptar la distinción, se pongan de acuerdo en cuáles son tales elementos constitutivos; y optimista, en fin, porque supuesto el acuerdo en cuáles son los constitutivos, nada asegura que el desacuerdo en los planteamientos derivativos no sea tan acusado e inconciliable entre las distintas posiciones liberales que haga enteramente inoperativo el acuerdo que pudo obtenerse en los elementos constitutivos.

(*) Ponencia en jornada sobre “Liberalismo(s)”, Centro de Estudios Públicos, Santiago, 25 de abril de 2018.

(**) Doctor en Derecho. Profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Valparaíso. Miembro de Número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2009).